

# Iglesia en Chile: misericordia y justicia ausente

La iglesia católica pasa por una crisis importante. Quisiera reflexionar sobre ella y desde mi labor como teólogo imaginar algunas pistas de avance. La sociedad chilena demanda una nueva forma de relación con las instituciones religiosas: ellas deben empujar una renovación de sí mismas desde sus fuentes y desde una consideración del contexto cultural en que se desenvuelven. La teología, por su preocupación por la felicidad y convivencia de los seres humanos, tiene una responsabilidad eclesial y social.

Recojo algunos hechos de la crisis. En primer lugar, Fernando Karadina, otrora mentor de muchos miembros del clero santiaguino y chileno, estaría incumpliendo la sanción que la Congregación para la doctrina de la fe le impusiera debido a los casos de abuso sexual que él cometió. Así, un hombre que labró su fama en una simulada obediencia eclesial, hoy (continuaría) practicando una obstinada rebeldía. No nos perdamos. El historial de vida de Fernando Karadima muestra un patrón que no ha cambiado. La vida de penitencia y oración a la cual fue sentenciado no estaría causado mayor efecto en él.

En segundo lugar está el hecho que en tantas ocasiones hemos tenido que oír declaraciones de voceros y autoridades eclesísticas que resultan inadmisibles en una cultura democrática que, con mayor o menor éxito, busca darse reglas de convivencia basadas en la igual dignidad de cada una de las personas que la componen. Este tipo de declaraciones resultan chocantes para los mismos creyentes o, en el mejor de los casos, completamente incomprensibles, puesto que han pretendido, por ejemplo, que el Estado chileno establezca jerarquías de personas con diversos derechos entre los ciudadanos que conformamos esta sociedad.

En tercer lugar, con una frecuencia inédita en la historia de la iglesia en Chile algunos de sus líderes y organismos están siendo sometidos a escrutinio moral por parte de los ciudadanos e incluso son objeto de legítima indagación por parte de los poderes del Estado, ya sea por la Cámara de Diputados en ejercicio de su rol fiscalizador, o bien por el poder Judicial en el caso de querrelas por obstrucción a la justicia. La misma iglesia ha usado sus facultades de investigación y sanción sobre presbíteros o agrupaciones como la ya disuelta unión de sacerdotes que tuviera como líder espiritual a Fernando Karadima.

Finalmente, los casos de abuso sexual o comportamiento «inapropiado» que hemos conocido no sólo han tenido como protagonistas a presbíteros sino que también a obispos, a superiores provinciales de congregaciones religiosas y a superiores generales de ellas. Es decir, no se trata ya de casos aislados, sino de sujetos que han realizado un trayecto por los flujos de poder instalándose en las más altas responsabilidades.

En estos y otros casos, la religión emerge en el espacio público bajo la lupa de la sospecha de abuso de poder. Y lo hace pese al pronóstico de su evaporación en favor de experiencias tangibles. Por ello, proyectar una evacuación de la religión desde los espacios públicos podría lograrse mediante una intolerante exterminación de los seres humanos religiosos. Lo que ha ocurrido es que la creencia religiosa se ha vuelto un asunto íntimo, privado, incuestionable («creo lo que quiero», o lo que me conviene) y la práctica religiosa se ha hecho pública, pero muchas veces irracional, enfermiza; desconectada de su fuente espiritual.

En los casos enumerados, la creencia religiosa se vuelve objeto de evaluación crítica cuando se expresa en una acción de carácter público. En esto no hay novedad, lo que resulta preocupante es que esta exposición de lo religioso en lo público se esté dando en Chile casi exclusivamente porque miembros u organismos de la iglesia han infligido dolor y sufrimiento a los débiles y con su acción ha tomado el camino contrario a la promoción de la dignidad humana y por ello también en rebeldía con el Espíritu

de Jesús: «Felices los que lloran, porque serán consolados». Sin duda que la iglesia católica es mucho más que estos casos, pero eso no les quita su carácter de «escándalo», es decir, de piedra de tropiezo para el camino de fe de los creyentes.

Al mismo tiempo, fuera de Chile, desde Roma y algunos viajes, el papa Francisco cosecha popularidad y respeto casi globales. Para nadie resulta un misterio que eso se debe a un giro importante no tanto en la forma de organizar la iglesia sino gracias a que ha sido capaz de poner en el primer plano del discurso la misericordia de Dios como fuente de una espiritualidad densa y honda. El mensaje es claro: apuntar hacia lo fundante de la experiencia religiosa y dejar en un plano diferente lo doctrinal, subordinado a lo fundamental. En el cristianismo lo doctrinal es justamente relativo al absoluto de la misericordia divina.

¿Por qué tanto contraste entre la experiencia global y la experiencia local? ¿Por qué se celebra casi todo gesto de Francisco mientras que en territorio local emerge una religión contestada más que una religión-misericordia? No es que falten cristianos testigos cotidianos de Dios que ama incondicionalmente; tampoco faltan compromisos heroicos o discretos de un compromiso vital con los débiles. ¿Por qué esos compromisos no logran superar el cerco comunicacional? ¿Por qué no se convierten en voces que reflexionan en voz alta sobre la calamitosa crisis eclesial local? Existe un sentir común entre los fieles de un profundo desagrado y malestar, pero ¿por qué no se expresa con autocrítica en una voz pública? ¿Por qué hay tan poca indignación y liderazgo que le haga contrapeso a esa religión contestada en el registro reflexivo?

## Un camino por recorrer

---

No es mi intención analizar las causas de los abusos de poder. Me preocupa más la aparente pasividad de muchos creyentes frente a ella. No estoy seguro de que se trate de perplejidad, falta de oportunidades para articular una práctica y un discurso de contrapeso o si se trata de miedo a tomar la palabra. Probablemente es combinación de todo lo anterior. En todo caso, creo que al mismo tiempo que debemos apoyar a las víctimas, debemos prestar atención a sus relatos sobre cómo han enfrentado a sus abusadores, cómo han buscado justicia y reparación frente a los traumas que ellos les dejaron. Quisiera aportar con una pregunta en esta conversación: ¿en qué medida el cultivo de una teología abierta puede ayudar a la iglesia entera a vislumbrar una manera de situarse en la cultura en fidelidad al evangelio de Jesús? Pienso que aunque no es un camino suficiente, sí es necesario.

En primer lugar, el cultivo de la teología «no se debe limitar, para decirlo así, a la repetición de las fórmulas dogmáticas, sino que es necesario que él ayude a la iglesia a un conocimiento siempre mayor del misterio de Cristo» [1]. Esta perspectiva supone que la teología se vea como una ciencia creativa y una disciplina de normalización de la creencia. En la pista del Concilio Vaticano II no puede verse de otra forma, pues aquel sínodo quiso plasmar no sólo en los teólogos «de academia» sino en todo el pueblo cristiano una actitud indagativa y abierta a la acción del Espíritu de Dios en el mundo: una *teología de los signos de los tiempos*.

El Concilio, en efecto, ve que frente al avance de la técnica moderna «gran número de bienes que antes el hombre esperaba alcanzar sobre todo de las fuerzas superiores, hoy los obtiene por sí mismo» [2]. Lejos de condenar esta autonomía adquirida por la sociedad la iglesia se sitúa de manera creativa frente a las preguntas y desafíos que el desarrollo de la humanidad supone para el creyente, por ello: «sin que siempre tenga a manos respuesta adecuada a cada cuestión, desea unir la luz de la Revelación al saber humano para iluminar el camino recientemente emprendido por la humanidad» [2]. En otras palabras, la iglesia del Concilio se ve a sí misma *secundando* las búsquedas que libre y autónomamente realiza todo ser humano, creyente o no. Sin duda que este es un trabajo de los teólogos «de academia» pero aquella academia debería ser expresión de una actitud similar de todo el pueblo eclesial, pues todos los hombres creyentes somos responsables de serlo de una manera inteligente e intelectualmente honesta.

En segundo lugar, pienso que creer de manera inteligente y responsable significa desarrollar habilidades de pensamiento crítico y creativo en un espacio adecuado para desplegar la individualidad. ¿Y no es acaso que el abuso de poder dentro de las instituciones requiere como

condición previa que el pensamiento propio sea interceptado por un discurso y una práctica sustractiva o entorpecedora de la individualidad? Es justamente allí donde el cultivo de una teología abierta puede ayudar a disolver la vinculación entre poder y verdad única que con tanta fuerza el abusador mantiene como un dogma espiritual sobre las víctimas hechizadas. Pensar la vinculación entre la iglesia y la sociedad es una tarea de toda la iglesia y no puede ser tarea exclusiva de la teología «de academia» ni menos por la autoridad pastoral, que debiera estar al servicio de todo el Pueblo de Dios en esa y otras tareas.

En suma: una teología católica, está atenta los cambios que vive la sociedad. Esta sociedad demanda una revisión de esta religión contestada y puede aceptar en el espacio público una religión y una reflexión sobre ella que se redescubre en su vocación colaborativa con sus búsquedas de libertad y autonomía. El Chile de hoy (que lo integran no pocos creyentes adultos) está más dispuesto a adoptar un debate en estos términos. Ese debate se dio en Europa en la primera mitad del siglo pasado y tuvo expresión en el Concilio Vaticano II, pero en América latina ha tomado más tiempo debido a la presencia de las fuerzas coloniales de las que la formación teológica no logra liberarse completamente.

## Cambio de paradigma en la formación religiosa

---

La Comisión Teológica Internacional tiene lucidez sobre este proceso que la teología realiza. Permítanme una cita bastante larga del último texto publicado por esta institución asesora de la Congregación para la doctrina de la fe [3]:

Los últimos siglos han presenciado muchos cambios sociales y culturales notables. Se podría pensar por ejemplo en el descubrimiento de la historicidad y en movimientos tales como la Ilustración y la Revolución francesa (con sus ideales de libertad, igualdad y fraternidad), en los movimientos de emancipación y de promoción de los derechos de la mujer, en los movimientos a favor de la paz y la justicia, en la liberación y la democratización, y en el movimiento ecologista. La ambivalencia de la historia humana ha llevado a la iglesia en momentos del pasado a ser extremadamente cauta en lo que se refiere a dichos movimientos, a fijarse solo en las amenazas que pudieran ocasionar a la fe y a la doctrina cristiana y a descuidar su importancia. No obstante, tales actitudes se han ido modificando gradualmente gracias al *sensus fidei* del pueblo de Dios, a la mirada clara de creyentes individuales proféticos, y al diálogo paciente de los teólogos con las culturas circundantes. A la luz del Evangelio, se ha realizado un mejor discernimiento con mayor disposición a buscar la forma en que el Espíritu de Dios pudiera estar hablando por medio de tales acontecimientos.

Tal visión, de cultivarse, constituiría una manera de enfrentar el miedo al pensamiento indagativo, (auto)crítico e imaginativo que requiere la teología para desarrollarse y que necesita la iglesia para realizarse en la misión que le corresponde. No veo otra forma de cambiar la inercia de una iglesia en crisis. En este marco resuenan desafiantes para la cultura eclesial las palabras con las que Nietzsche describió Europa en la segunda mitad del siglo XIX [4]:

Toda nuestra cultura europea se agita ya desde hace tiempo, con una tensión torturadora, bajo una angustia que aumenta de década en década, como si se encaminara a una catástrofe; intranquila, violenta, atropellada, semejante a un torrente que quiere llegar cuando antes a su fin, que ya no reflexiona, que teme reflexionar.

En muchas ocasiones, la formación religiosa en la iglesia aparece más atenta a los miedos que a la exigencias del anuncio del Evangelio que solicita, como ya se indicó, una atención inteligente y crítica a los movimientos de la sociedad. Esos miedos todavía tributan a lo que se percibe como amenazante en la cultura.

No creo que haya un camino directo y fácil para superar los abusos de poder dentro de la iglesia. El camino no es únicamente jurídico (investigación, sanciones, condenas, filtros, etc.); es necesaria una conversión profunda para lo cual se requiere autocrítica e imaginación en un marco de libertad de investigación y expresión. Estas dos últimas están consagradas en el Derecho Canónico (cánon 212, párrafo 3) [5] y, por tanto, en el marco regulatorio de las universidades católicas. Recientemente el Papa Francisco ha querido dejar muy en claro que esos derechos deben ser ejercidos responsablemente como parte de la misión que la iglesia tiene; entorpecerlos lesiona gravemente a toda la comunidad [6]:

Ya que no basta la preocupación del evangelizador por llegar a cada persona, y el Evangelio también se anuncia a las culturas en su conjunto, la teología —no sólo la teología pastoral— en diálogo con otras ciencias y experiencias humanas, tiene gran importancia para pensar cómo hacer llegar la propuesta del Evangelio a la diversidad de contextos culturales y de destinatarios. La Iglesia, empeñada en la evangelización, aprecia y alienta el carisma de los teólogos y su esfuerzo por la investigación teológica, que promueve el diálogo con el mundo de las culturas y de las ciencias. Convoco a los teólogos a cumplir este servicio como parte de la misión salvífica de la iglesia. Pero es necesario que, para tal propósito, lleven en el corazón la finalidad evangelizadora de la iglesia y también de la teología, y no se contenten con una teología de escritorio.

Y agrega con no menor énfasis:

En el seno de la iglesia hay innumerables cuestiones acerca de las cuales se investiga y se reflexiona con amplia libertad. Las distintas líneas de pensamiento filosófico, teológico y pastoral, si se dejan armonizar por el Espíritu en el respeto y el amor, también pueden hacer crecer a la iglesia, ya que ayudan a explicitar mejor el riquísimo tesoro de la Palabra. A quienes sueñan con una doctrina monolítica defendida por todos sin matices, esto puede parecerles una imperfecta dispersión. Pero la realidad es que esa variedad ayuda a que se manifiesten y desarrollen mejor los diversos aspectos de la inagotable riqueza del Evangelio. [...] La iglesia, que es discípula misionera, necesita crecer en su interpretación de la Palabra revelada y en su comprensión de la verdad. La tarea de los exégetas y de los teólogos ayuda a «madurar el juicio de la Iglesia». De otro modo también lo hacen las demás ciencias.

Esta teología abierta, como se ve, se construye desde una doble fuente. Por una parte, desde la mirada a las propias fuentes del cristianismo y, por otra parte, desde la atención a las condiciones de la sociedad en la cual viven los creyentes, pues la teología no puede encerrarse y autoreproducirse, debe dejarse interpelar desde fuera. Desarrollar una formación religiosa de toda las iglesias en estos términos es necesario y aunque no sea una medida directamente orientada a los casos específicos que hemos enumerado, permitiría un ejercicio de la ciudadanía eclesial más equilibrada y autocrítica.

## Referencias

---

[1] Juan Pablo II. «Ad sodales Commissionis Internationalis Theologicae» *Acta Apostolicae Sedis*, Typis Polyglottis Vaticanis, 71 (1979), págs. 1428-1433.

[2] Concilio Vaticano II. Constitución pastoral *Gaudium et spes*. 1965.

[3] Comisión Teológica Internacional. *La teología hoy: perspectivas, principios y criterios*. 2012.

[4] Nietzsche, F. *La voluntad de poderío*. Prefacio.

[5] Código de Derecho Canónico. 1983 ([http://www.vatican.va/archive/ESL0020/\\_\\_\\_PT.HTM](http://www.vatican.va/archive/ESL0020/___PT.HTM)).

[6] Francisco. *Exhortación apostólica Evangelii Gaudium sobre el anuncio del Evangelio en el mundo actual*. 2013.

